

devolver al genio de la tempestad grito por grito y rayo por rayo. Según dicen las tradiciones caldeas, Nemrod, el poderoso cazador, lanzaba flechas contra las nubes y más de una vez cayeron ensangrentadas.

## XII

**El médico cazador.—La cuesta de San Pablo.  
El Rancharía.—Sierra Negra**

Había pasado ya algunos meses en Río Hacha sin hacer excursiones importantes ni haberme ocupado del objeto principal de mi viaje. Por fin, hallé una ocasión favorable para dirigirme á Sierra Negra, una de las más grandes ramificaciones de los Andes, que empieza á cuarenta leguas al Sur de la ciudad. Una mañana me puse en marcha, llevando en un zurrón algunos libros y una botella de agua. Solo, y á pie, se siente uno en más intimidad con la naturaleza toda y los paisajes que se desarrollan ante la vista; se puede subir á todas las colinas, seguir el curso de todos los arroyos, introducirse en la espesura y penetrar en el bosque bajo las sombras misteriosas; se es más libre. En la naturaleza tropical, que yo no conocía aún en sus diversos aspectos, sobran amigos, sobre todo cuando se piensa consagrarse completamente á la alegría que produce cada nuevo descubrimiento, y se quiere vivir durante algún tiempo, errante como nuestros padres, á través del bosque. Además, no pensaba sufrir, hallar obstáculos en ese nuevo género de vida; de etapa en etapa tenía que hallar gente que conocía yo, ó, al menos, para quien me habían dado cartas de recomendación.



En Treinta, pueblo de mil habitantes, situado al pie de las colinas de San Pablo, fui á parar á casa de un compatriota, extraño personaje, que luego no se portó conmigo muy convenientemente, pero que entonces no tenía ningún motivo para dudar de su improbidad. Don Julio se alababa de ser descendiente de la célebre Ninón de Lenclos. Pequeño, delgado, pálido, martirizado por una tos seca como de tísico, parecía siempre en la vispera de su último día de vida. ¿Cómo habría sido su vida pasada? Todos lo ignoraban; jamás contó á nadie por qué causas ó en qué circunstancias había abandonado su patria.

Desde su llegada á Nueva Granada, ejercía al mismo tiempo tres profesiones: era médico, negociante y cazador. Demasiado ignorante para tratar con los médicos de Río Hacha, donde había varios de estos, que si estaban huérfanos de ciencia, poseían al menos un lenguaje práctico, recorría los pueblos vecinos de Soldado, Treinta y Barba-coas; se instalaba junto á la hamaca de los enfermos, los sangraba de grado ó por fuerza y les hacía tragar algunas drogas. Su calidad de francés, su modo doctoral y pausado de hablar, le aseguraban una gran influencia entre las gentes groseras. Además, su terapéutica era muy sencilla, y por eso mismo la practicaban los campesinos, que en todo les gusta seguir una rutina por absurda que sea.

Para Julio, no había más que dos clases de enfermedades; las que provienen de un exceso de calor y de un exceso de frío; no tenía, pues, más que dos medios terapéuticos, *los calientes* y *los fríos*. En una región como la llanura de Río Hacha, compuesta de tierras arenosas que reflejan los perpendiculares rayos del sol, casi todas las enfermedades estaban clasificadas entre las *calientes*, y el

principal medio para refrescar el cuerpo era la sangría. Durante las épocas de epidemia, la lance-ta del doctor Julio no se daba un momento de reposo; por todas partes donde se presentaba se rodeaba muy pronto de jofainas llenas de sangre. En pago, aceptaba pleitas, hamacas, espuelas; luego, cuando había reunido un montón de regalos, se marchaba á la ciudad, seguido de una reata de mulas y asnos, alquilaba una casa y se pasaba algunos meses detrás del mostrador vendiendo sus géneros. Esta era la segunda fase de su existencia y, al parecer, la menos original.

Pero cuando en medio de sus ocupaciones pacíficas, el demonio de la caza se apoderaba de él, abandonaba inmediatamente mercancías y enfermos, cogía un fusil, pólvora, balas, un saquito de sal y un frasco de amoníaco y desaparecía sin avisar siquiera á su mujer. Alejándose de los caminos se introducía en el bosque virgen, atravesaba las lagunas ó recorría los precipicios en busca de caza. En cuanto había matado algún animal, mono, saíno ó manás, hacía un hoyo en la tierra, encendía una gran fogata, ponía la carne sobre la lumbre y lo cubría todo de ramas y de hojas. En seguida cortaba una de las hojas suculentas de una palma real, la empolvaba de sal y, desenterrando la carne asada, hacía una abundante comida. Al día siguiente la comida era todavía más agradable, porque podía beber el licor que había obtenido retorciendo la hoja de una *palma de vino*, y, tapando el agujero practicado en la palma, el jugo contenido se convertía en vino durante la noche. Para añadir este lujo á sus comidas, le era preciso desvelarse, porque de lo contrario los monos, como ocurrió alguna vez, se hubieran aprovechado de su sueño para destapar el agujero practicado en la



palmera y emborracharse á costa suya. Cuando el cazador terminaba su comida se dirigía hacia otros sitios del bosque, iba á acampar á la orilla de otros arroyos y esperaba pacientemente el paso de un grupo de mones ó de un ganado de manás. Así vivía á veces meses y meses, sin otra compañía que los innumerables insectos que zumbaban á su alrededor, las colonias de hormigas termitas y la infinidad de seres que se arrastran, corren, saltan ó vuelan en un bosque virgen.

Durante sus excursiones solitarias tuvo que salvar con frecuencia serios peligros. Algunas veces se encontró frente á los jaguares; pero, al igual que los árabes cuando inesperadamente se encuentran ante un león, don Julio los ahuyentaba prorrumpiendo en gritos feroces y lanzándoles insultos y denuestos. Fué tres veces mordido por culebras, pero jamas experimentó ningún mal, porque desde su llegada al país, había sabido preservarse de esos peligros inoculándose con el *guaco*. Para evitar la hinchazón ponía algunas gotas de amoniaco sobre la herida. Los riesgos más grandes que había corrido eran los de ser arrebatado por torrentes, crecidos repentinamente y de cuyos accidentes había podido salvarse milagrosamente algunas veces. Para pasar las noches sin ser comido por mosquitos, hormigas y otros insectos, tenía que acostarse en el cauce mismo de los barrancos, y cuando la tempestad, deshecha en trombas de agua sobre la Sierra, le sorprendía durmiendo, sufría sobresaltos que le ponían á prueba.

Cuando don Julio volvía de sus expediciones de caza por la Sierra, su mirada era huraña y salvaje, como la de todos los hombres no acostumbrados á mirar de frente á sus semejantes; sus movimientos eran entonces de loco. Antes de acostumbrarse á la

sociedad pasaban algunos días, y luego sólo se animaba contando sus aventuras de caza, y anécdotas sobre los monos, las pumas y otros animales del bosque. En vez de perro, tenía para guardar la casa, un pequeño jaguar atado á un pilar de la misma. Este animal vivía en perfecta armonía con dos monos que saltaban y hacían gestos por todas partes. La cordialidad terminaba en cuanto le echaban al felino un pedazo de carne; entonces, enseñaba los dientes, avanzaba con sus garras y parecía dispuesto á devorar al primero que hubiera pretendido ser su comensal; los monos, sin embargo, se lo permitían alguna vez, y, rápidos como un rayo, le arrancaban á la fiera la presa de entre sus garras.

Un caballero de Treinta, para quien yo llevaba una carta de recomendación, me recibió muy atentamente, y me invitó á visitar una propiedad situada á algunas leguas al Oeste, en un valle de Sierra Nevada. Yo sabía, por experiencia, que no hay que fiarse de las fórmulas y finezas de la cortesía española, y no había tenido jamás el mal gusto de tomar textualmente en serio, los ofrecimientos de los que ponían á mi disposición su casa, su persona y su fortuna. Sin embargo, el señor Alsina Redondo, insistió tanto para hacerme ir á visitar su plantación, que prometí estar nuevamente á su lado doce días después. Entusiasmado en apariencia, me explicó detalladamente todo cuanto pensaba hacer para obsequiar dignamente á tan «noble extranjero», cuando fuera á visitar su propiedad. Yo le escuchaba cándidamente sin suponer que el señor Alsina no pensaba, ni remotamente siquiera, que yo fuera á visitar su plantación de San Francisco, y cuando continué mi viaje, entusiasmado con la ilusión de visitar la grande *hacienda*, me engañaba yo mismo como á un chino.



Al salir de Treinta, empecé á subir la cuesta de San Pablo, cadena porfirica de seiscientos metros de altura próximamente, que sale del macizo de Sierra Nevada y va á perderse al Este, en los llanos de la península guajira. A derecha é izquierda y por todas partes, veía platanares, campos de maíz, grupos de palmeras y vastas plantaciones. Después de la extensión arenosa é inculta que separa Río Hacha de Treinta, estos diversos cultivos recreaban mi vista como si fueran jardines encantados; en estos campos preveía yo el porvenir de la América meridional, tal cual será cuando esté poblada y cultivada por cien millones de habitantes.

Los montes de San Pablo están infestados de serpientes, acerca de las cuales los habitantes del país cuentan fábulas para aterrorizar á los viajeros. Dicen que la serpiente *alfombra* (variedad de boa)—animal inofensivo—espera á los transeuntes, enroscada en una rama, y los persigue volando como un pájaro. Pretenden que las anfibenas y serpientes de coral puedan morder al mismo tiempo por la boca que por la cola, y que los mordiscos de esta última clase son mucho más peligrosos. Afirmán también, que la serpiente *boquidorada* sigue á los viajeros cautelosamente y los devora de un solo tirón. En toda mi excursión no pude ver más que uno de esos peligrosos animales, detrás del cual corrí inútilmente á través del bosque.

A la calda de la tarde llegué á una garganta, desde la que se ve, por la parte Sur, la fértil llanura de San Juan, que se presenta en toda su extensión, dominada por la Sierra Negra. Luego, descendí por una rápida falda, siguiendo el borde de un torrente que saltaba sobre un lecho de rocas calcáreas, y al que sombreaban gigantescas cei-

bas. La noche me sorprendió, y con la obscuridad, no pude hallar el camino que conduce á la pequeña aldea de la Chorrera, en donde un cuñado del vicecónsul francés me dió luego una cariñosa hospitalidad. Andando con la esperanza de encontrar una cabaña, llegué á las orillas de un río que hacía rato oía rugir, pero que sólo distinguía por lienzos de blanca espuma, á través de las copas de los árboles y de trecho en trecho. Este río es el Rancharía, el mismo que más lejos describe un gran semicírculo en los llanos de la Guajira, y va á desembocar en el mar, cerca de la ciudad, con el nombre de Río de Hacha ó de Calancala. En la obscuridad no me atreví á pasar este río, cuya orilla opuesta ni siquiera veía, y con una faja que llevaba rodeada á la cintura, hice una arma de defensa atando una piedra al extremo; ya hecha mi especie de porra, me acosté sobre la blanca arena del río.

En mi vida he pasado otra noche más agradable. Cuando me desperté, las nubes se habían dispersado, y las estrellas brillaban á intervalos en el cielo; por entre las ramas que se enlazaban sobre mi cabeza, veía brillar la luz del planeta Júpiter; por detrás de las rocas que se levantaban al otro lado del río, los astros desaparecían uno después de otro. Muy pronto el cielo adquirió un ligero color de rosa, y ví salir de la obscuridad todos los detalles de un paisaje encantador, envuelto en el fresco sudario de la mañana; á mis pies el agua del río, al chocar con las piedras, producía remolinos de espuma y murmullos que me extasiaban; en la orilla opuesta, las altas palmeras salían del espeso tejido de caracolis; por encima del bosque aparecía una muralla de cien metros de altura, y tan compacta que parecía cortada por un durandal de algún Orlando muysco; al Oeste, el río, cubierto



aún por las sombras de la noche, parecía salir como vorágine de una negra caverna, mientras que por Oriente, flechas luminosas horadaban el domo de verdura formado por los árboles enlazados, y los reflejos dorados de la aurora parecían correr hacia las nubes purpúreas del horizonte para confundirse con ellas. Al mismo tiempo que admiraba el magnífico espectáculo del paisaje y el amanecer, saltaba de piedra en piedra y luchaba contra la violencia de la corriente. Poco después llegaba al otro lado sin otro accidente que el de haber perdido un libro de estadísticas sobre el estado financiero de Nueva Granada; sin detenerme á lamentar el percauce, continué rápidamente mi marcha.

La muralla de rocas que se levanta por encima de la orilla izquierda del Ranchería debe, evidentemente, su forma, á las olas de un antiguo lago ó la corriente de algún río caudaloso: así lo atestiguan las escarpaduras, las grutas, los terrenos de aluvión de los llanos inmediatos y las conchas de agua dulce esparcidas por el suelo. Todas las colinas que rodean la llanura, están cortadas por rocas verticales, cuya base está situada al mismo nivel; no cabe duda de que en otro tiempo, una vasta extensión de agua se extendía entre Sierra Nevada. Tal vez el río Magdalena corría por el cauce del Ranchería; poco á poco, el levantamiento gradual de Sierra Nevada, vaciaría el lago en el mar y desviaría un poco más al Oeste al Magdalena, hacia el golfo que se extendía entre Cartagena y Santa Marta, y que más tarde ha sido llenado por los aluviones que el río ha ido llevando. Actualmente, la banda de tierra que separa el cauce del Ranchería del río César, afluente del Magdalena, es muy débil, y, por lo tanto, sería fácil de abrir un canal que uniera las aguas del alto Mag-

dalena con el puerto de Río Hacha. Si Nueva Granada entiende bien sus intereses, uno de los primeros caminos de hierro que construirá será entre Río-Hacha y Tamalameque, sobre el Magdalena; la corriente comercial seguirá así el curso trazado á las aguas por las edades geológicas y atravesará una cuenca de gran fertilidad, poblada ya como San Juan, Fonseca, Barranco, Cañaveral, Uramita, Badillo y Valle Dupar.

Villanueva, aldea á que llegué dos días después de haber salvado la Cuesta de San Pablo, me llamó la atención por su prosperidad. Las casas, pintadas de amarillo, están sombreadas por árboles de gran corpulencia, que no se ven á veces ni aun en la zona ecuatorial; hay hermosos caminos por los que podrían circular los carros y grandes acequias de riego que mantienen en frescura constante los huertos y plantaciones; á lo lejos se extiende la llanura como un gigantesco lienzo verde balanceándose entre dos cadenas de montañas paralelas, de dos mil metros de elevación una, y la otra de cinco á seis mil. Al Este, Sierra Negra, cordillera relativamente modesta y, sin embargo, bastante más alta que los Vosgos, abre sus altos valles poblados de feracísima vegetación y enseña sus redondas cimas, sobre las cuales Cerro Pintado, colocado como una gran fortaleza rectangular, proyecta sus baluartes blancos y negros alternativamente. Al Oeste, Sierra Nevada, con sus escarpaduras rojas y desnudas, corona su enorme cima en forma de pirámide con la nieve immaculada, como un vestido de mármol. Cuando los primeros rayos del sol aparecen por encima de las cumbres de Sierra Negra y van á herir las crestas opuestas, empiezan por dibujarse primero en el cielo como un inmenso domo de luz; luego, aparecen como fa-



ros centelleantes sobre los picos de la Nevada; la luz baja por grados produciendo reflejos sobre las faldas de los montes, como un incendio visto á través de cristales, envuelve la cordillera entera en su manto de fuego, y se esparce al fin por el llano, cambiando en innumerables diamantes las gotas de rocío y el agua cristalina de los torrentes.

Un plantador de Villanueva, Mr. Dangon, á quien yo iba especialmente recomendado, es el tipo de esos colonos intrépidos que hacen ellos solos más por el desarrollo de un país que miles de emigrantes trabajando sin orden ni concierto. Como tantos otros, había llegado á América buscando fortuna: había sido carpintero, albañil, tratante; pero la fortuna no le había favorecido en tan diversas profesiones. Entonces pensó en la agricultura, y, tomando ocho mil pesetas al interés de veinticuatro por ciento anual, se puso á trabajar con ahínco. A los seis años había pagado el capital y los intereses. Había cultivado ochenta hectáreas de terreno, plantando más de cien mil cafetos, y, cuando yo pasé por Villanueva, gozaba ya de una renta anual igual á su primer empréstito. Lo que por sí mismo ha hecho, es bien poco comparado con el impulso que ha dado al país. Por todas partes había abierto anchos caminos, construido puentes y acueductos, importado plantas alimenticias, desconocidas en el terreno, y edificado casas, grandes y sólidas, que dan perfecta idea de la riqueza del país. Una docena de caballeros de Villanueva, Wrumite y Valle Dupar, antes de la llegada de Mr. Dangon, no tenían otra ocupación que fumar; actualmente han roturado una gran extensión de terreno en Sierra Negra y grandes cafetales producen exuberante riqueza que anuncia el esplendoroso porvenir del país.

Comparado con la conducta de Mr. Dangon cuán censurable es la de su rico usurero, que posee en Sierra Negra varias leguas cuadradas de un terreno excelente y minas de cobre, cuyo veneno de riquezas es tan grande que desde largas distancias se ven las faldas del monte llenas de venas verdes y azules! A pesar de todos esos elementos de riqueza y la fortuna que posee, el acaudalado propietario no ha sabido sacar ningún provecho de sus inmensos dominios.

En Europa, el hombre pertenece á su profesión, á su oficio; en América puede elegir libremente su vocación. De ahí el feliz desarrollo del espíritu de libertad en el Nuevo Mundo. Un hombre enérgico que ha sabido humillar los bosques seculares convirtiéndolos en plantas productivas, que ha impuesto un orden á los acontecimientos y ha sometido el destino á los dictados de su voluntad, no cederá en su vida á un agente de policía, á la guardia civil y otras autoridades, ni se doblará ante las exigencias de leyes estúpidas.

Desde las faldas de Cerro Pintado, que ocupan las plantaciones de Mr. Dangon, sobre la vasta llanura de Río César, se divisan algunos puntos blancos y encarnados: son los pueblecillos esparcidos, que, en no lejano tiempo, aumentarán su diámetro como las islas que aparecen en el mar, y se unirán por las líneas de cultivo, pareciendo sus campos lo que los nuestros de Europa, en donde las tierras cultivadas dominan, y sólo aparecen de trecho en trecho los restos del bosque y aun agrupados, según los intereses del hombre.

Los agentes de esta transformación, serán, en gran parte, los emigrantes de Europa y América del Norte; pero los indios de la Sierra, *tupes etraques* y *chimilas*, contribuirán también, de una ma-



nera poderosa, á la transformación del país. Los chimilas eran, hace aún pocos años, los enemigos irreconciliables de los españoles y hombres de color. Vestidos con cortezas de árboles, habitan en las grutas y los bosques que rodean á Cerro Pintado, y el extranjero que se aventuraba á penetrar en ese territorio era irremisiblemente asesinado.

Un día, Cristóforo Sandoval, negro de fuerza hercúlea, inspirado por no se sabe qué audaz pensamiento, se presentó delante del jefe de los chimilas, sin armas, acompañado solamente de su hijo que era casi un niño. Se ignora por medio de qué *grigri* el negro supo dominar al piel roja; pero el efecto fué inmediato; el cacique abdicó, y Cristóforo ocupó su puesto como jefe guerrero. Desde ese día los indios han cesado de amenazar á los españoles y, de bandidos, se han convertido en agricultores.

Dos días después de haberme separado de Mr. Dangon tuve ocasión de visitar á uno de esos criollos perezosos, que se pasan la vida balanceándose en su hamaca. Acababa de llegar á una miserable aldea llamada Corral de Piedra, y había pedido hospitalidad en la misma casa que algunos años antes el hijo del célebre mineralogista alemán Karstein había habitado varios días. Hablaba á mi nuevo patrón de las hermosas plantaciones que venía de visitar.

—¡Bah!—exclamó éste interrumpiéndome.—*¿Acaso el señor Dangon come más plátanos que yo? Yo soy tan rico como él, puesto que cómo cuanto quiero y hago el amor á mi gusto.*

Los últimos días de mi excursión fueron fecundos en aventuras. Pasé dos días perdido en la Sierrrecita, al ángulo oriental de Sierra Nevada; pasé dos noches en el bosque, siendo presa de los garra-

patos; tuve que atravesar varios torrentes impetuosos, cuyas aguas me arrastraron más de una vez, tropicándome contra piedras y árboles; más lejos sufrí hambre y sed; por fin, tuve la felicidad de encontrar una familia de leprosos, que me obsequió, me hizo partícipe de sus provisiones de bananas y me permitió beber en el jarro común. Después de todo, los leprosos hicieron como todo el mundo, porque durante mi viaje no puedo decir que he dejado de ser bien recibido en todas las cabañas donde he llamado. Las mujeres, sobre todo, han calmado más de una vez mis sufrimientos con sus delicadas atenciones, su voz de una dulzura maravillosa y sus miradas de bondad.

En San Juan, el médico Don Joaquín Bernal, que desde entonces ha sido gobernador de Rlo Hacha, me recibió del modo más afable, y, sin falsa urbanidad, puso á mi disposición todo cuanto poseía. Al entrar en su casa, amueblada con una modestia que me entusiasmó, quedéme sorprendido á la vista de una biblioteca tan grande que cubría la mitad de las paredes de su morada. Esta biblioteca importada tras enormes gastos de Francia é Inglaterra, á un pueblo perdido en medio de los bosques vírgenes, se componía de varios millares de volúmenes, todos escogidos. Don Joaquín me hizo los honores de su tesoro como hombre de gusto y me probó que ningún ramo del saber le era desconocido. Hubiera cedido de buena gana á sus deseos, quedándome en su casa durante algunos días, para volver á leer á mis autores favoritos, hablar sobre el porvenir de la patria granadina, visitar las montañas de los alrededores é intentar en su compañía la terrible ascensión al Cerro Pintado; pero recordé la promesa que había hecho en Treinta, y no quería en modo alguno faltar á mi pala-



bra empeñada con el *caballero* Alsina Redondo. Abandonando contra mi voluntad, la hospitalidad de Don Joaquín, conseguí, gracias á una marcha forzada, salvar la Cuesta Dieguita, hacia la media noche del día convenido con el señor Redondo; llegué á la puerta de una plantación en las primeras horas de la mañana; llamé y no contestó nadie; no tuve otro remedio que pasar la noche sobre unas piedras.

Al día siguiente pasé á Treinta y recordé al señor Alsina las promesas de excursión, que, á pesar de su exquisita cortesía, ni siquiera intentó excusarse; tan prodigiosa le pareció mi ingenuidad. Las fórmulas de cortesía, las frases falsas de una etiqueta vana, y las promesas entusiastas, hechas sin la menor intención de cumplirlas, son una verdadera plaga de las sociedades donde domina la influencia española. Los extranjeros que no están acostumbrados á todas estas falsedades, se creen ante hombres que no son capaces de decir una verdad. Cuentan que el general Bolívar tenía la costumbre de reclutar caballos, tomando la palabra á los que abusaban de las fórmulas corteses.

—¡Qué hermosos caballos!—decía el general al ver ganado que le gustaba.

—*Están todos á la disposición de usted,*—contestaban los propietarios.

—Muchas gracias.

Y el general daba orden á sus soldados de recogerlos.

## XIII

La caravana.—El paso del Enea.—El Pantano.  
Las plagas del Volador.

Habitando Nueva Granada desde más de un año, conocía las costumbres de los indigenas y los recursos agrícolas del territorio; tenía numerosas y agradables relaciones, y podía contar con las simpatías de mis nuevos conciudadanos lo mismo que si yo fuera río hachero. Había llegado, pues, el momento de realizar mis planes agrícolas en un valle cualquiera de Sierra Nevada. Don Jaime Chastaing, el carpintero francés, estaba cada día más descontento de su suerte; me rogó que le aceptara como asociado, y yo tuve la debilidad de ceder. Creí cándidamente que don Jaime había descubierto al fin su verdadera vocación á la edad de setenta años y que toda su actividad dormida había despertado al fin. Como tenía en cuenta que iba á vivir ante los indios aruaques, lejos de toda sociedad civilizada, me parecía estar poco acompañado, en medio de la naturaleza virgen, con sólo mis libros y mis proyectos.

Antes de transportar á Sierra Nevada los instrumentos agrícolas, herramientas, y todos los objetos necesarios para una explotación regular, era necesario hacer primero un viaje de exploración y reconocimiento. Empezada á organizar esta ex-